

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 6 de octubre de 2010

Textos de referencia: «Vivir es hacer memoria de Mí», Asamblea Internacional de Responsables de Comunión y Liberación (La Thuile 2010);

«í Un día se preguntó quién eraí », Jornada de Apertura de Curso de los adultos y universitarios de CL (Rho, 2010). Ambos en www.revistahuellas.org

Canto òIl monologo di Giudaö
Canto òAmazing Graceö

Retomemos nuestro camino después del verano. Os digo sólo unas palabras antes de empezar. La intención de hacer esta Escuela de comunidad en videoconferencia se debe al deseo de aprender un método de trabajo sobre el texto y la experiencia, que nos ayude a juzgar lo que vivimos. Como hemos dicho muchas veces, no hay experiencia sin juicio. Y sin experiencia, no aprendemos de lo que nos sucede, no nos sirve para la vida, no deja huella. Nos pasan muchas cosas pero no dejan huella porque, como nos ha enseñado siempre don Giussani, el òyoö crece sólo si vive una experiencia, y la experiencia no puede limitarse únicamente a advertir una reacción, un sentimiento, una provocación, sino que es un juicio. Y esto es decisivo para entender el texto, porque muchas veces pensamos que lo entendemos simplemente porque comprendemos las palabras; el texto se entiende comparándolo con una experiencia, porque el texto que propone don Giussani es la comunicación de una experiencia, y sólo la entiende quien hace experiencia. Y esto es lo que debe salir a la luz cuando trabajamos juntos durante la Escuela de comunidad: no reflexiones abstractas, porque todos podemos hacerlas y no sirven, sino testimonios reales sobre lo que hemos aprendido de la experiencia para entender el texto, y del texto para entender la experiencia. Por eso, repito, para poder ayudarnos, para no perder el tiempo (porque el tiempo apremia), nos urge ser precisos. Recuerdo a las personas que vayan a intervenir que sean breves, que sean precisas, como ya he dicho, que no se extiendan mucho, que vayan a lo esencial para que todos podamos entenderles. Si alguien quiere intervenir, que se lo prepare bien, porque esto es parte del trabajo: entender la experiencia que se ha hecho y por lo tanto saber expresarla de forma adecuada forma parte de este trabajo. No venimos aquí para extendernos sin principio ni fin porque esto significa que no hemos hecho el trabajo, que estamos improvisando. Y esto no nos vale. Empecemos.

Este verano me han conmovido dos palabras que tú has dicho y que son el comienzo y el final del cuadernillo que estamos trabajando, también la cercanía que hay entre ellas: conversión y contemporaneidad. A mí me parece que una indica la naturaleza de la otra, porque la conversión es un esfuerzo moralista si no es ceder ante una presencia que es contemporánea, que está ahora; y, por otra parte, hablamos de la contemporaneidad de Cristo sólo en términos emotivos si no determina en nosotros el deseo de cambiar. Por eso me ha impresionado el hecho de que yo no puedo hablar de conversión sin contemporaneidad y viceversa, hasta el punto de que me ha llamado mucho la atención el título del cuadernillo: «Vivir es hacer memoria de Mí», porque muchas veces hablamos de vivir la memoria como si fuese una premisa y no lo fuese todo. Ésta es la primera cosa. La segunda es que me doy cuenta de que Cristo es contemporáneo a mí porque yo me vuelvo contemporánea a la realidad que vivo. Por fin estoy presente en el presente; si no, me defiendo de la realidad con todas las cosas que sé y que hago, de modo que el movimiento, en vez de convertirse en una

introducción a la realidad, se convierte en la mejor defensa que tengo. La última cosa es que me quedé bastante perpleja cuando en la Jornada de apertura de curso hablaste de la contemporaneidad de Cristo y del Papa, porque cuando digo contemporaneidad de Cristo no puedo separar esta frase de tu persona. Es más, puede que éste haya sido para mí uno de los descubrimientos más importantes de los últimos tiempos, es decir, que mi conversión no es posible sin ceder ante un Cristo contemporáneo. Cristo contemporáneo tiene que ver contigo, si no, yo no me daría cuenta de que el Papa está, no habría ido a Roma en mayo y mucho menos me habría dado cuenta de lo que ha dicho en Inglaterra. Sin embargo, desde este punto de vista, necesito entender bien cómo entiendes tú el hecho de seguirte a ti.

Dejo abierta la cuestión porque creo que lo que dices es fundamental para todos. Os lanzo una pregunta: ¿Qué es lo que ha hecho cambiar en vosotros el modo de percibir y sentir la palabra conversión? Porque ahí está todo. Si seguís escuchando la palabra conversión como algo que os quita algo, os defendéis, nos defendemos de la palabra conversión. Esto significa que está desligada de la contemporaneidad de Cristo, es la señal más clara. Os pongo algunos ejemplos. ¿Zaqueo se convirtió? ¡Sí, y de qué modo! Pero, ¿se defendió de Jesús? No, le recibió en su casa muy contento. Juan y Andrés, cuando estaban allí escuchándole hablar, ¿se defendieron de Jesús? No, le siguieron. ¿Se convirtieron? Sí. Esto quiere decir que cuando nosotros separamos estas dos palabras ó conversión y contemporaneidad ó es inevitable que la conversión se reduzca a moralismo y la contemporaneidad a emotividad, sin que provoque en nosotros un deseo de cambiar. Por lo tanto, la cuestión es partir de esta realidad, de esta experiencia: cómo sucede en nosotros, cuándo me descubro con el deseo de cambiar, porque la conversión es justamente esto: que se despierte en mí el deseo de cambiar para no perderme lo que tengo delante. ¿Por qué le siguieron Juan y Andrés? ¿Para ganar una vida eterna como alternativa a la vida real o para no perder en su vida esa Presencia tan fascinante que tenían delante? Esto es fundamental para entender en qué consiste la contemporaneidad de Cristo, para entender que Cristo hace realmente atractiva esa realidad en la que me quiere introducir, porque me desvela el significado de la vida. Si seguirme a mí no es esto, si no es para seguir lo que yo intento seguir, lo que intento verificar en la realidad, ¿qué sentido tendría? ¿Qué significa seguirme a mí? Yo he aprendido a seguir gracias a don Giussani, porque para él el cristianismo es un acontecimiento que está sucediendo ahora, y esto hace que el cristianismo sea apasionante. Pero para que el cristianismo pueda ser concebido de esta forma y para salir del moralismo no es suficiente con decir que no quiero ser moralista y que quiero seguir la contemporaneidad de Cristo: es necesario reconocerle, es necesario no reducir la realidad, es necesario ver que en muchos de los gestos que hacemos ó para esto sirve la Jornada de apertura de curso ó a menudo no lo vemos. Así, para nosotros, la contemporaneidad de Cristo es muchas veces abstracta y la conversión moralista, porque no Le vemos en la realidad (no porque no contemos los hechos, sino porque nos quedamos ahí, en el impacto emotivo). Por eso tenemos que preguntarnos cuántas veces contar los hechos despierta en nosotros el deseo de cambiar, porque ésta es la prueba: que yo no quiero perder lo que he vivido. Me interesaba mostraros esto, por ejemplo, con respecto al Papa, porque lo que más me ha interesado de su visita a Inglaterra es verle en acción: era imposible que su figura proviniese sólo de la energía humana; era el testimonio patente de la presencia de Cristo. No es necesario ver visiones. Como digo siempre, Jesús no curó a todos los enfermos que había en Palestina en ese momento, sino que mostró, a través de ciertos milagros, que Él está, que no estamos solos con nuestra impotencia y con nuestra nada, que la potencia de Dios se hace presente en

hechos y acontecimientos. El viaje del Papa es uno de estos hechos, y ha sido evidente incluso para sus adversarios.

Yo quería preguntar una cosa sobre el poder de los sin poder. En circunstancias normales, yo no habría sido una persona demasiado buena, sino más bien mala, porque soy impaciente, poco misericordiosa, muy egocéntrica, me quejo continuamente. Yo no sería una gran persona si no fuese porque en este lugar y a través de mis amigos he conocido el método y las razones para dejar de ser así, para cambiar. De este modo he descubierto en mí una humanidad inesperada que no viene de mi capacidad. Quiero poner algún ejemplo rápido referido al trabajo. Mi jefe tiene un lema que es «divide et impera»; yo intento testimoniar que para mí trabajar en equipo es otra cosa; a mis compañeros les cuesta un poco saludar cuando llegan por la mañana, y siempre son muy precisos y correctos en lo que se refiere a informar de mis errores habituales. Yo intento abrirme todo lo que puedo al diálogo, y me gustaría de verdad colaborar con ellos. Hace dos años, llegó a la acera que hay frente de mi ambulatorio una gitanilla que tendría dieciséis años y que estaba embarazada. Mis compañeros y mi jefe la miraban muy mal y la echaban cuando se acercaba a la sala de espera para tomar un café en la máquina. Yo me paré muchas veces junto a ella, en la acera, le pedí que me hablase de su niño, le llevé ropa de mis hijos, y pocos días antes de volver a su país me dijo: «Eres muy buena conmigo, me habría gustado tener una madre como tú». Me ha llegado a pasar incluso rezar el Angelus mientras sacaba del sobre el resultado del TAC de un paciente para saber si había respondido a la quimioterapia. Mientras hacía esto, él me dijo: «¿Sabe, doctora? Incluso si no hubiese ido bien, yo estaría tranquilo porque sé que usted encontraría un modo de cuidarme». Podría contar otros muchos ejemplos: tengo claro que no es de mi cosecha, pero me pasa que me sorprende reconociendo la presencia y la obra de Jesús en este òplusö de humanidad, y suplico Su presencia en cada momento del día. Y esto creo que lo entiendo. Pero entonces, la pregunta es: ¿Tiene mi fe alguna oportunidad ante un jefe que no usa su autoridad, ante unos compañeros que te atacan, ante todas estas cosas? En la página 21 dice: «Pero, en este clima cultural, ¿debemos contentarnos con el testimonio o podemos todavía pelear batallas?». Querría que me ayudaras en esta circunstancia.

Pero, según tu experiencia, ¿qué responde a esta pregunta?

Me parece haber entendido queí

¡Lo has entendido, porque lo has dicho! Esta humanidad inesperada, ¿de dónde la has sacado? ¿Se ha producido en ti?

Sí.

Entonces, ¿tiene la fe una oportunidad? Sí. De otro modo, tú no habrías dicho lo que has dicho. Pero ha sucedido según un designio que no era el tuyo. Lo mismo pasará con respecto a tus compañeros, a tus pacientes, etc., porque sucede según un designio que no es el nuestro. ¿Cuál es el método de Dios? Que da la gracia a algunos para llegar a todos, es decir, no se la da a todos a la vez. Está la contemporaneidad de Cristo, como decíamos antes, pero como Cristo no se impone sino que se propone, depende de la libertad del otro. Como decía en la homilía de la Jornada de apertura de curso, el testimonio no es suficiente, hace falta la apertura del corazón del otro, porque si Cristo ha aceptado someterse a ella, inclinándose sobre nuestra nada, ¡imaginaos si nosotros podemos pretender hacer lo contrario! Y Él actúa así porque ésta es la grandeza del hombre, ésta es la grandeza de tus compañeros y la tuya, paradójicamente. Que ésta sea la grandeza significa que el hombre no es un mecanismo que puedas manejar, sino que es algo más, encierra en sí un misterio: el misterio de la libertad. ¿Qué nos corresponde a nosotros? ¿Qué tiene que ver esto contigo y con tu conversión? Jesús te llama a ti, nos

llama a cada uno de nosotros en este ambiente a decir: «Pero yo, ¿cómo puedo contribuir? ¿Qué tipo de relación, qué forma de escuchar, qué tipo de testimonio tengo que dar para facilitar, para no oscurecer el rostro de Cristo, como decía el Papa en Inglaterra, para hacer transparente a Cristo a través de mi humanidad?». Ésta es nuestra conversión. Para ayudarte a entender cómo reducimos muchas veces la contemporaneidad, te leo lo que me ha escrito una persona: «Estaba en la boda de un amigo mío como testigo, y estaba sentado junto a los demás testigos cerca de los novios. Durante la ceremonia me fijé en el fotógrafo que pasaba cerca de los novios, de nosotros y del altar. No sé cómo será en el norte la vida de un fotógrafo, pero en Sicilia las bodas son la principal fuente de ingresos. Le observaba y me decía para mis adentros que para el fotógrafo, cuantas más bodas haya en una semana, en un mes, en un año, mejor; a más bodas, más ingresos. ¡Qué extraña es la vida! Para él, ir a misa incluso a diario no será seguramente una molestia, pasa toda la vida alrededor de Jesús, y así se gana el pan. Pero no le gana a Él. Gana todo menos a Él. Utilizo el ejemplo del fotógrafo como una metáfora de mi experiencia óy de la de muchos, creó: una vida entera con Jesús pero sin ganarle a Él. Cada vez consiste en ganar algo del mundo, aunque sea un buen modo de no estar solos la noche de la Escuela de comunidad. Se puede estar toda la vida con Jesús como lo está un fotógrafo para ganar un algo del mundo, pero sin ganarle a Él: conseguir inteligencia, poder, autoestima, novias, sentimiento de pertenencia y unidad y compañía para no estar solos, pero no a Él. Soy médico, y tengo a Jesús delante de mí cada día, pero a menudo corro el riesgo de tener el síndrome del fotógrafo: Jesús como fuente de ingresos. Cada día estoy con los enfermos que me proporcionan un sueldo, poder, posibilidad de carrera, posición social, satisfacción intelectual y amigos de buen rango. Estoy cada día con Jesús, pero corro el riesgo de no ganarle a Él».

Parto de una cosa que me ha impresionado muchísimo de la Jornada de apertura de curso: «Su presencia se hace visible, tangible y experimentable por el hecho de que cambia la vida de la gente que está en la comunidad, en la compañía. Por eso, la agudeza con la que se percibe el testimonio de uno, del otro óaunque no sean responsablesó, la perspicacia con la que se percibe el testimonio, aunque sea furtivo, secreto, presente en la gente de la comunidad, es el signo más grandioso de la honestidad de la que hablábamos antes. Éste es el intento extremo de evitar la conversión: negar la existencia de los hechos y de los acontecimientos». Hace quince años murió el marido de una amiga mía. Tenía treinta y tres años. Ella estaba embarazada del tercer hijo, tenía ya dos hijos pequeños. Yo estaba allí por casualidad, porque vivo en el portal de al lado, y la conozco desde que éramos pequeñas; esto sucede delante de mis ojos y me quedo allí, observando cada día, cada semana, cada mes, cada año, cómo ella y sus hijos están firmes ante las circunstancias que suceden en su vida, observo cómo su humanidad se hace grande, no perfecta, porque son unos pobres desgraciados, sino grande: abrazados a la cruz de Cristo. Y lo que sucede, que es de lo que me he dado cuenta, es que llega un momento en el que Cristo se vuelve hacia mí y me dice: «¿Y tú? ¿Me amas?», es decir, sucede de forma increíble: el acontecimiento que ha cambiado su vida, que la ha marcado, que la ha transformado y que la ha vuelto dolorosamente grande, se ha identificado con mi humanidad, ha cambiado mi vida, la mía y la de mi marido, y la ha transformado (en el sentido de una fuente de experiencia de bien interminable y, sobre todo, inesperada). Estoy casada desde hace dieciocho años y no tengo hijos; me casé porque quería tener hijos y los pedí; los he pedido, los he suplicado, he rezado, he pedido que rezaran por mí, he hecho peregrinaciones y he hecho que mucha gente peregrinara, han rezado el rosario todas las madres de este mundo; soy médico, y cuando me decían: «¿Cuánto le

debo?», yo decía: «Un Ave María». Pero los hijos no han llegado y esto no ha creado en mí ningún rencor, ningún dolor, ninguna rabia; nunca me ha hecho poner en duda que mi oración hubiese sido escuchada y estuviera siendo escuchada. De eso estoy segura, porque es una ternura de Dios hacia mi humanidad, y lo he visto en acto en la relación con los tres hijos de mi amiga viuda: la ternura con la que nos han querido a mi marido y a mí, mayor todavía que el afecto profundo que nosotros tenemos por su vida, ha hecho que mi marido y yo experimentáramos una maternidad y una paternidad que no habíamos pedido, pero que es verdadera.

Gracias.

Cuando se publicó tu artículo sobre la pedofilia, por primera vez me pasó que no me enfadé por no haber sido capaz de llegar por mí mismo al juicio correcto (porque siempre decía: «Voy a la Escuela de comunidad, hago todo, peroí »). Por el contrario, me he sorprendido infinitamente agradecido por el hecho de que se me diese a alguien que me llevaba de la mano hasta poder reconocerle a Él, hasta reconocer a Jesús presente, incluso en esto. Se ha hecho más claro todavía este verano, cuando has empezado a hablar de conversión, de que la conversión coincide con la libertad, porque en cuanto uno es corregido, es llevado de la mano a reconocer a Jesús, hace experiencia de la libertad. Yo nunca habría pensado que la conversión coincidiese con la libertad, es decir, con estar dentro de las circunstancias con Él.

Ésta es otra forma de decir que lo que prevalece es la gratitud porque Jesús está, porque existe Otro. El problema ya no es si he estado a la altura o no, lo que cobra importancia es el hecho de que Él está, que Él está presente en medio de nosotros a través de unos y otros. La conversión coincide con esta libertad, con esta liberación. En clase les ponía siempre este ejemplo a los chavales: cuando tenemos una persona gravemente enferma, estamos contentos de que haya algún médico que entienda del tema; uno está contento, no se enfada porque haya uno que sepa más; está contento, es un bien, es una gracia, un tesoro tener a alguien que pueda entender la enfermedad e intentar curarle. Por eso la conversión es la prevalencia de este bien, es no perdernos este bien último en el que consiste la vida.

Doy clase en un colegio. Después de tres años trabajando en una revista he vuelto a la enseñanza. El primer día entro en la clase y ya tengo en mente lo que tengo que hacer, me lo había preparado, voy como una moto, los chicos me miran con los ojos como platos, nunca antes habían oído hablar así, me siguen, hacen preguntas, yo estoy encantada. Salgo fuera y veo que uno de ellos me sigue, se acerca y me dice: «Mire, profesora, tengo que decírselo». «¿El qué?». «Mire, profesora, usted no tiene que ser tan maternal con nosotros al explicar, usted tiene que provocarnos más, estas cosas que está diciendo nosotros ya las hemos oído, porque el año pasado vino un profesor de filosofía y nos las explicó». Entonces le miré y le dije: «Te agradezco que me lo hayas dicho, porque así puedo ir hasta el fondo, es una provocación para mí». Verdaderamente he reconocido la ternura de Jesús hacia mí, porque no ha querido que me quedase a la mitad, sino que se ha entregado a mí diciéndome: «Yo estoy, esto es lo que te vale a ti y es lo que ellos desean, nada más».

¿Qué sacas tú de esto?

El hecho de que tengo un gran deseoí

No te quedes a mitad de camino: ¿Qué significa?

Significa que yo quería ir hasta el fondo de lo que me estaba sucediendo porque el Señor me había llamado allí.

¿Qué quiere decir ir hasta el fondo?

Dejar que Él

Pero, ¿qué quiere decir eso?

Hacer cuentas con mi humanidad, con aquello de lo que estoy hecha y con las circunstancias, porque en este caso quería decir hacer cuentas con un factor imprevisto, que era ese chico.

Exacto; y ese chico, ¿qué te ha hecho entender?

Que el Señor usa su propio método.

¿Cuál?

Venir a mi encuentro y hacerme entender lo que es más verdadero.

Pero este chico, ¿qué te ha dicho? ¡Que faltabas tú! Porque la educación es la comunicación de uno mismo, es decir, la forma que uno tiene de afrontar la realidad; no basta una clase bonita, es necesario que el òyoö esté presente. Porque esto es lo que testimonia Él: después de Cristo no hay ninguna otra forma de comunicar la verdad más que el testimonio, en donde los conceptos se convierten en carne y sangre. Y ésta es la provocación que te ofrece el chico.

Y, en efecto, esto ha cambiado mucho.

Te digo esto porque es verdaderamente un desafío para nosotros. De hecho, he recibido muchos correos ó os leo sólo uno, de una persona que estaba en el Meeting ó donde uno puede hacer cosas pero no estar: «Había sido una semana impresionante y, en cambio, había un òperoö grandísimo. Mientras sucedía todo esto, hacía una semana que en casa no dirigía la palabra a mi marido por una pelea que habíamos tenido sobre los hijos. Vamos, un desastre. Al final del Meeting me encontraba esquizofrénica, literalmente dividida en dos, cansada, amargada, desilusionada y, sobre todo, cínica. Vivir en la normalidad con todo su dramatismo me daba ganas de escapar, no quería la realidad. A raíz del Meeting había entendido que se pueden hacer trampas con uno mismo y con los demás. Se puede hacer todo muy bien y sin embargo no estar realmente presente; se pueden hacer discursos bonitos y no estar con toda tu persona; se puede tener el corazón duro y hablar del deseo del corazón (porque todos nos sabemos los discursos); se puede dejar de creer que Jesús responde y a la vez decir a los voluntarios que sólo Jesús responde. No he hablado con nadie de este sufrimiento porque no quería más discursos, quería estar sola, no quería ser ayudada, como si la carcoma del escepticismo hubiese cavado un pozo. Pero en medio de la desesperación escribí a una persona, vomitando todo lo que tenía dentro. Y esta persona no me dejó a mi suerte y me dijo: òLee el capítulo del sacrificioö, y según lo iba leyendo (había empezado sólo para darle el gusto) me daba cuenta, llorando, de que no podía escapar a ninguna parte, de que sólo en Jesús todo cobra sentido. Y era allí donde me estaba esperando. Fui a confesarme, Le pedí que me abrazase de nuevo. Él ya estaba allí llamando, pero yo tenía la puerta cerrada. Él esperaba ese sí. Cuando experimentas tu inmenso límite puedes entrar en el misterio de Su grandeza. Yo no quiero vivir por menos de esto, yo quiero una relación personal, viva, carnal con Jesús, nada más me basta. El cinismo, el escepticismo, el relativismo, han excavado un agujero grande en nosotros que, sintiéndonos inmunes, sucumbimos a él sin oponer resistencia». Podemos no estar presentes, pero el signo de la contemporaneidad es encontrar un òyoö que esté con todo lo que es: «La gloria de Dios es el hombre que vive», dice san Ireneo. Lo que da gloria, lo que hace transparentar a Cristo no son nuestras palabras, éstas también, pero la cuestión es que estemos presentes nosotros. Lo mismo me dice otra persona: «Te escribo poco tiempo después de mi carta anterior, pero es que estoy conmovido por el resultado del trabajo que nos propones [porque el trabajo que estamos haciendo es justamente para vencer esto, con el fin de que podamos estar cada vez más presentes en la realidad, como lo está el Papa delante de las personas que piensan de forma distinta;

pero él puede ir allí y testimoniar lleno de razones qué es Cristo], que para mí ha coincidido con tratar de estar delante de lo que nos dices, por lo tanto delante de Cristo, con el desgarramiento de la pregunta más ilimitada que pueda tener, porque yo solo no puedo. Y esto está produciendo frutos realmente imponentes para mí, que parten siempre de un juicio. Me ha conmovido muchísimo, por ejemplo, la importancia de la iniciativa personal. Si pienso en mi vida, a la luz de este reclamo, de pronto me he quedado asombrado hasta el punto de llegar a preguntarme: pero yo, ¿dónde he estado hasta ahora? Cuando don Giussani dice que falta lo humano [ahora empezamos a darnos cuenta de verdad y empieza a salir con sencillez] ¿Dónde estaba mi òyoö? La respuesta llegó inmediatamente: estaba en la cinta transportadora; y la cinta transportadora, me parece, no es sólo cuando, por ejemplo, se participa inconscientemente en un gesto propuesto, sino que se juega en cada instante; la iniciativa personal tiene que darse en cada momento». Ésta es la señal de que Él está: que hace que estemos presentes en el presente.

Mira, a mí me gustaría no estar presente, pero no estar de verdad. La situación de mi abuela es un desastre: hospitales, residencias, asistentes sociales. Tú dices: «Cristo resucitado». ¿Dónde está este Cristo resucitado? Yo he venido aquí y estoy muy enfadado, porque ver a mi abuela así, ver que ya no siente nada... Entonces, ¿dónde está este Cristo resucitado, dónde está?

Y tú, ¿cómo puedes mirar a tu abuela si no está este Cristo resucitado? Tienes que hacerte la pregunta a la inversa porque tú, que ves a tu abuela así, porque esto es un hecho...

Éstos son los hechos.

Éstos son los hechos, y tú tienes que preguntarte: ¿Éste es el fin?

Para mí sí, para mí sí.

¿Y puedes poner la mano en el fuego afirmando que existe sólo lo que tú tienes en tu cabeza, o puedes afirmar que puede haber más realidad en el cielo y en la tierra que en tu filosofía? ¿Puedes poner la mano en el fuego afirmando que no hay nada más que lo que ves? ¿Puedes hacerlo en serio? Todavía no he encontrado a nadie que me haya dicho que sí. Empieza a abrir tu razón, porque es la falta de esto lo que nos impide ver lo que hay.

Yo sólo veo dolor a mi alrededor, sólo dolor.

Ésta es la cuestión: que sólo vemos esto. Pero para que puedas ver todo lo demás, es necesario que suceda otra cosa y que tú estés disponible.

¿O sea?

O sea: vemos que suceden muchas cosas, y tú puedes quedarte allí, enfadado por tu abuela y no darte cuenta de lo que está sucediendo delante de tus ojos. Si no vas hasta el fondo del cambio de las personas, de lo que viven, de su testimonio, de que hay algo más que lo que tú ves, porque estás obstinado pensando sólo en tu dolor, si no miras a tu alrededor...

¿Dónde tengo que mirar? Además de un afecto que está a punto de morir, ¿qué es lo que tengo que ver?

Justamente porque está a punto de morir te conviene mirar, ampliar la razón, para ver si esto que estás viendo es todo. Porque si es todo, no hay esperanza ni para tu abuela, ni para ti, ni para ninguno de nosotros. Pero si esto no es todo y Cristo ha resucitado, entonces hay esperanza para ti, para tu abuela y para nosotros, ¿entiendes?

¿Si Cristo ha resucitado?

¡Claro! Y esto se ve en los hechos y en los acontecimientos que documentan Su presencia y Su obra, aquí y ahora. La cuestión es que todos estos hechos, como he dicho en la Jornada de apertura de curso, no los vemos, y tú estás allí parado mirando la realidad sólo a través del ojo de la cerradura. Y esto no es todo, ¿entiendes? No es todo, es como si vieses la realidad reducida. Y por eso no pones la mano en el fuego afirmando que lo que ves es todo. Por lo menos esta lealtad contigo mismo la tienes, no puedes negarlo. Pero entonces yo digo: empieza por esto, porque puede haber algo más de lo que tú ves que te dé la esperanza incluso para mirar a tu abuela.

Perdona pero, ¿qué es lo que tengo que mirar?

Aquí has escuchado testimonios de personas a las que les ha cambiado la vida. ¿Este cambio se debe sólo a que son más capaces? Si tú estás presente en la vida de la comunidad, ves hechos que no se pueden reducir a una explicación cualquiera, sino que testimonian algo más, ¿me explico? ¿Tú lo has visto, lo has oído? Pero para ti esto es igual a nada, todo esto no demuestra que Cristo haya resucitado; como no lo ves y no lo quieres reconocer, cuando te pones delante de tu abuela que se está muriendo, no tienes nada más que lo que ves. Pero hay más realidad en el cielo y en la tierra que en tu cabecita. ¿Tú estás disponible para esta conversión o no?

No.

Vale, éste es el problema. Entonces ni siquiera que resucite un muerto podrá convencerte. Esto es una demostración de lo que sucede; dramática, porque lo decimos de forma sincera ó no es que nuestro amigo no sea sincero ó. ¡El problema consiste en si es verdad lo que decimos de forma sincera! Y como podéis ver, cuando llegamos a la cuestión siempre pensamos que hay algo más interesante que hacer que lo que nos sugiere don Giussani. Y después nos ahogamos en las reducciones de las que he hablado en la Jornada de apertura de curso, y no conseguimos mantenernos en pie ante el dolor. Podemos empezar a entender que nosotros nos encontraremos en la misma situación si no hacemos este recorrido que nos ha propuesto don Giussani. Cada uno tiene que decidir, y después no os quejéis cuando todo se vuelva oscuro. Pero cuando uno os desafía diciendo que sólo hay esto, al menos un momento de lealtad con vosotros mismos os permite pararos. Significa que hay todavía algún resquicio, alguna grieta.

Escuela de comunidad. Como queda todavía mucho por hacer, como habéis observado, seguimos teniendo presentes también la lección y la síntesis de La Thuile, por lo menos para quien ya ha hecho el trabajo sobre la Jornada de apertura de curso.

Está activa una dirección de correo para recoger preguntas e intervenciones breves sobre la Escuela de comunidad. Os ruego que lo uséis sólo y exclusivamente para la Escuela de comunidad, para enviar preguntas o testimonios como los que he leído hoy. La dirección es: sdccarron@comunioneliberazione.org

Libro del mes octubre-noviembre. *Marija Judina Più della musica*, de Giovanna Parravicini (ed. La Casa di Matriona). Muchos de los que han visto el vídeo estaban entusiasmados, y era sólo una pequeña parte de lo que el libro cuenta de manera más amplia.

Centros culturales. Las personas implicadas en las actividades de los Centros culturales tratan de hacer presente en todas las ciudades, a través de encuentros y testimonios, la experiencia y los juicios que han madurado en el camino que hacemos juntos de la Escuela de comunidad. Por lo tanto, os pido que estéis atentos a sus propuestas. En Milán, el martes 12 de octubre, a las 21 horas, en el Teatro Dal Verme, habrá un

encuentro con el cardenal Angelo Scola para presentar su último libro, *Buone ragione per la vita in comune. Religione, politica, economia* (ed. Mondadori), organizado por el Centro Cultural de Milán.

- *Veni Sancte Spiritus.*